

Las profecías de Brigitte Bardot

Brigitte Bardot siempre fue enemiga de la alta costura. *Cá-fait memé*, era su razón. Algo como decir "transforma en abuela", "es solemne", "envejece". Bien grande debe ser esa enemistad para que ella, tan aficionada a los ahorros, haya rechazado la ocasión de vestir gratis, sólo por publicidad, según fue alguna vez el deseo de los modistas. Ya se sabe. B.B. es una especie de paladín de nuestros tiempos. Y esos paladines nunca son casuales.

El amor de B.B. por la ropa fácil, alegre, no demasiado cara, tampoco es casual. Los paladines, según he oído decir, suelen ser profetas, o, en los casos más mó-dicos, encarnan los fenómenos de la hora.

De esos fenómenos, en cuanto atañen a la moda, se viene hablando hace ya tiempo, y el oca-so de la alta costura, la invasión del *ready-made* y la anexión de *boutiques* como capillas laterales de los grandes templos son ya lugares comunes que impregnan la vida cotidiana.

Pero este año, de pronto, la cosa se volvió palpable. Ya no era un dato para blandir por ahí, sino algo como un golpe físico. Ocurrió cuando empezaron a llegar noticias de las colecciones de París. Súbitamente, a nadie le importó, en el fondo de su alma, si Dior inventó o dejó de inventar una línea cucurucho, pétalo o escuadra, si Givenchy tiene puestas sus esperanzas en el color beige. Mirar las colecciones fue ser testigo de una batalla final silenciosa, perfumada y patética.

UNA parte de los *couturiers* defiende el pasado. (Chanel, por ejemplo, no se inmuta ante la marea callejera: siguen los *tailleurs*, las rodillas cubiertas, las flores en las capelinas.) Esa parte conservará las viejas clientes, y si llega el fin naufragará con la trágica elegancia de una goleta.

La otra parte, con falsa sonrisa, cedió al torrente exterior. Ya no podrá decir con mohín espeluznado: "La blusa que vende esa *boutique* fue inventada por mí hace cinco años". En silencio, tratará de disimularse el hecho de que —con dos o tres años de retraso— esté copiando a las *boutiques*.

MIENTRAS tanto, sordas a unos y otros y a sus últimos,

balbuceados, dictámenes, las mujeres de todo el mundo miraron a otra parte. Hasta la ropa en serie se tambaleó, como siempre ocurre a los adictos a jerarquías perimidas. (También ella se inspiraba en las batutas célebres.) Y la rebelión se extendió.

Indiferentes a los peinadores, las muchachas se saltaron el pelo; indiferentes a las líneas, se enfundaron en camisolas; indiferentes al buen gusto, se disputaron el plástico, el vinyl, la lata, el cuero falso, charol falso, la piel falsa. Indiferentes a la elegancia, se maquillaron como actrices y exhibieron sus cosméticos al sol.

Un día, la reina Isabel condecoró a Mary Quant, creadora de la minifalda. Como en el caso del premio a los Beatles, la gente sería adujo inmediatamente ra-



POR
SARA GALLARDO

zones económicas. (Siempre y no sin razón parecen las de más peso.) Sin embargo, en los dos episodios se respiraba algo levemente dramático. Parecía que, aprobando a la revolución, las viejas jerarquías quisieran demostrarse y demostrar que seguían siendo tales y a nadie le importaba nada de ellas. La reina daba la impresión de estar cambiando un agónico guiño de complicidad con el modista Pierre Cardin, quien desde hace un tiempo se lo pasa presentando colección tras colección de grotescas ropas de hombre sin que a los hombres se les mueva un pelo. "Mi ropa grotesca me la invento yo", pensarán al menos los más jóvenes.

Perogrullo opina que las ropas y los tiempos y las artes y las costumbres forman una ronda

inextricable. El buen hombre suele tener razón, y, sin embargo, la ronda tiene sus vueltas, no es tan simple. Por ejemplo, en tiempos del barroco los vestidos eran mucho más sencillos que dos siglos antes, cuando era más conciso el ideal del arte. Esta ropa alegre de hoy, que no busca durar (ya aparecieron, con mucho éxito, los vestidos de papel), esta ropa que descrea en la palabra de los maestros, ¿a qué se parece?

A la música, quizá. Los compositores, como se sabe, hoy inyectan ruidos callejeros, caseros, brotados de la vida, en las partituras. Confían en el azar más que en sí mismos. Terminó la palabra del maestro.

También las salchichas, las botellas de Coca Cola, los inodoros, que el arte *pop* imita devotamente o coloca de veras entre sus monumentos, fueron creaciones de otro, no del maestro pintor que los acoge con tan desconcertante humildad.

EN literatura, Samuel Beckett ha ido un tanto más allá del absurdo que lo vuelve tan admirable. Desafío a cualquiera a leer su novela *Comment c'est*, de 1961, que del principio al final consiste en una sucesión de hipos, monosílabos y puntos suspensivos, comas y otras lindezas.

Sí, ha terminado la fe en la palabra. Hasta tal punto que la palabra misma, sola, vehículo de nada, se transforma en el único motivo de la *nueva novela* de Francia. (Nada más aburrido, dicho confidencialmente y con el debido respeto por Robbe-Grillet, Nathalie Serrault y Michel Butor. Realmente, gritaría de aburrimiento sólo ante el recuerdo de sus obras completas.)

Pasemos a la filosofía, ya que estamos. El contemporáneo alemán Ludwig Wittgenstein no quedó a la zaga de los artistas. En sus obras de tan indigesto nombre, *Tractatus logico-philosophicus* e *Investigaciones filosóficas*, dijo frases feroces. Afirmó: "La filosofía es una batalla contra el embrujamiento de nuestra inteligencia por el lenguaje". O sea: *acabemos con la palabra, esa impostura*.

Y, de hecho, todo *aggiornamento* ¿no es una puesta en duda de La Palabra? Llegada a este punto, sólo queda decir, como Hamlet: "Pero silencio..." Hasta aquí, las profecías de Brigitte Bardot.